

CRONICAS DE ESPAÑA



A cobardía de un profesional del matonismo de la que pudo ser víctima una dama sudamericana, que resultó gravemente herida, en sitio tan céntrico como nuestra Gran Vía, en las primeras horas de la noche; ha traído como consecuencia la adopción de medidas gubernativas y policíacas, para acabar de una vez con la arraigada y española costumbre del piropo. Habían llegado las cosas en este particular a un intolerable límite, en parte por lenidad de los llamados a impedirlo, en parte también por indiferencia del público, y finalmente y no en pequeña parte, por culpa de las mismas mujeres, ya que a ellas les ha faltado el valor cívico de impedir en los hombres desafueros y libertades, y nunca en mejor ocasión pudieron llevar a la práctica la conocida frase de "que manos blancas no ofenden", y sin género alguno de duda, unas cuantas bofetadas a su debido tiempo, hubieran acabado de una vez, con esta costumbre, no del piropo caballeresco, fino, para el que acaso pudiera encontrarse alguna discusión, sino con el relincho y la andanada de frases soeces a que se creía autorizado el llamado señorito (?), a juzgar por la ropa, pero que en su vocabulario merecía el apelativo de rufián; que se ha hecho precisa la intervención de las autoridades ¡ya era hora! para acabar con esta enfermedad endémica. Las calles de Madrid eran fondo de los gañateadores de oficio sin otra profesión conocida y nuestras mujeres, nuestras hermanas o nuestras hijas, tenían que salir a la calle a todo riesgo de oír e incluso sentir sus oídos y sus cuerpos, continuamente molestados. Por verdaderas legiones de micos en celo, que prevalidos de la debilidad del sexo y del temor al escándalo que sellaba los labios de ellas, los constituía en invulnerables.

De hoy en adelante bastará la simple denuncia de una dama, para que el majadero que se haya permitido ocasionarle la mas pequeña molestia, pase unos días en el Abanico (Carcel Modelo) o Palacio de la Moncloa, como también se la llama, y aparezca su nombre expuesto a la vindicta pública en las columnas de los periódicos, que todavía los publican a diario con expresión de su profesión u oficio para que no haya lugar a dudas. Todos los comentarios, son favorables a las medidas de rigor adoptadas, y lo que se precisa es, que no sean una cosa pasajera; pero apenas ver y considerar que con tantas pretensiones de "europeos" sea España la única o una de las pocas naciones en que durante años se ha tolerado, con toda nuestra aureola de hidalguía y caballerosidad, este asalto a las damas sin distinción de estado ni categoría social, aun cuando la

mujer, por serlo, merece iguales respetos, pertenencia a la clase que sea.

El tema de todas las conversaciones, es la ola de fuego en que llevamos sumergidos, mas vale no saber cuantos días; la atmósfera es de fuego, y hace recordar la frase del periodista Ferreras, pues aunque el Observatorio nos dice la temperatura, indudablemente quita algunos grados, y por eso Ferreras en sus tiempos de periodismo, decía siempre en su periódico en la información meteorológica "que la temperatura digan lo que digan los termómetros, fué asfixiante"; esto podemos repetirlo ahora, que el sol para no dejar mal a Nuñez de Arce en "La siesta",

No alumbra, que arde.

Ciega, no brilla.

Esto durante el día, pues el padre Febo vá en su ocaso a alumbrar vuestras latitudes, y continuamos al frito", viendo con dolor que este hermoso cielo madrileño, no aparece empañado por nube alguna que haga pensar con delicia en la proximidad de la lluvia que refresque el ambiente, limpie la atmósfera... y algunos cuerpos, que solo cuando las cataratas del cielo cumplen su misión, lo hacen con el doble papel de producir beneficios a la argicultura, y sanear algunos cuerpos.

Y aun nuestras encantadoras mujercitas, pueden defenderse de los rigores de la temperatura, pero y nosotros, ¡ah nosotros, queridísimos lectores!, ¡que defensa podemos tener con estos odiosos tubos de chimenea que encubren nuestras extremidades, con estas inverosímiles chaquetas, con sus tubos también en forma de mangas, con estos cuellos especie de instrumento de tortura, que para hacerla mayor llevan el aditamento de una corbata, con estos puños, bien apretaditos con unos gemelos para que no se escapen, y para fin de fiestas el paja o el flexible, ambos en franca decadencia, con desesperación de sombreros, pues la costumbre de andar en pelo se ha generalizado, y en verdad que si de día tiene alguna disculpa, el ridículo es espantoso al llegar la noche y tener que cargar con el dichoso sombrero para... llevarlo continuamente en la mano, o abanicarnos con él, con ese garbo y esa fiera que con todos los hombres lo hacemos.

Fémina, mas práctica que nosotros ha suprimido las mangas, las faldas las ha reducido a su mas mínima expresión, los escotes los ha ampliado a su máxima id, en cuanto a las medias... son de una finura y transparencia tal, que hay que fijarse mucho para saber si las llevan o no, (algunas no, que conste) y finalmente el cubrecabezas cada día lo van usando menos, y los usan

mas sencillos, aunque no por ello ¡hijitas mías! cuesten menos.

La única libertad que el sexo feo nos hemos ido permitiendo es la supresión de la chaqueta, pero esta se lleva al hombro por lo que nuestra juventud y aun decrepitud dorada, se asemeja a nuestros honrados obreros de vuelta de su faena. Pero también en este particular parece que se van a tomar medidas de *adecantamiento*, en verdad algo necesarias; jamás en Madrid, y eso que el estío madrileño ha tenido fama de antesala del Averno se ha visto que las terrazas de los cafés, los círculos y casinos y la vía pública, sean teatro de una exposición de camisas en sus diversas hechuras y matices, de tirantes en diferentes coloridos y de morbideces masculinas que al que estas líneas escribe como a otras muchas personas, producen una desagradable sensación.

Y efectivamente la produce el ir acompañado de una señora, sentarse a tomar la refrigerante horchata o el frigidillo helado, y verse rodeado de una serie de caballeros en mangas de camisa, ¡cualquier día se consentía esto en los ¡ay! pasados tiempos de mi florida juventud! No hay derecho señores a estas *expansiones* caniculares, triste y desgraciada copia de países en que el calor es mayor que el de la coronada Villa.

Seguimos en plan de concurso de belleza, raro es el día en que ora para acudir a uno de ellos en el extranjero, ora en la mamá patria, no se organiza una exhibición de esta clase, con todo el argumento que tiene la obra, acuden unas cuantas profesionales, el Jurado se reúne muy seriamente, presencia el desfile de las o de la futura reina, y la elegida pasa por el trance de la serie de fotografías en diversas posturas completamente académicas, bien aisladamente o rodeada de sus rivales, y hay que ver las caritas de las nó favorecidas; después hay que tragarse columnas y columnas en forma de interview con la agraciada. ¿Cuántos platos deglute Vd. en el almuerzo? ¿Vd. se consideró suficientemente apta para presentarse a este concurso? ¿Cuál es la medida de su calzado?... Y cuando nos partimos el pecho proclamando la superioridad de la belleza que exportamos, viene el Jurado definitivo y proclama Reina de la belleza a cualquiera menos a la que se afirmaba con toda certeza que se llevaría esta corona real de unas horas, con lo cual la presunta agraciada queda en mal lugar y empiezan las discordias y luchas internas entre ellas. Basta pues de Srta. España y Srta. Francia y Srta. Torrejón de Ardoz; dejémoslas dedicadas a las labores propias de su sexo, y dejémonos de maniquies y de hacer desgraciadas y desilusionadas a tantas y tantas muchachas, como logran hacer estos concursos.

La verbenomanía también continúa en pleno éxito por estas tierras; el Montepío de Actores

organizó otra en su beneficio, se celebró en el Rétiro hace pocas noches, y actuaron como gentiles horchateras, churreras y escanciadoras de Jerez y Montilla, nuestras más bellas actrices, obteniendo un buen puñado de pesetas, ya que no había precios fijados para los comestibles y bebestibles que se consumieran, sino que todo quedaba a voluntad del consumidor, que ante la sonrisa de La Goya, o la mirada lánguida de María Caballé, *se entregaba* y el portamonedas quedaba en un lamentable estado de flacidez. Y estamos ya de lleno en el clásico mes de las verbenas, pues agonizando la de Santiago, hay que prepararse a la de San Lorenzo y la Paloma, donde 'las hijas del pueblo de Madrid' lucen el encanto de la bendita tierra que las vió nacer, y el manton de chinos y el manubrio conservan todavía algo de classicismo, que por desgracia desaparece. La señora Antonia, Rita, Julian, don Hilarión... que pena os daría ver a las actuales Casta y Susana, peinadas a lo Manolo, y bailando charleston, y llamando "cursi" a aquel madrileñísimo schottiss, bebiendo "cottle" en lugar de aquel barreño de limoná que quitaba la sed harto mejor que estas bebidas exóticas. En fin... rinovarsi o morire.

La vida madrileña languideciendo por momentos, el Gobierno disperso accidentalmente y veraneando en diversos puntos, nuestro Presidente haciendo su cura de aguas en Mondariz, sin que ello sea obstáculo a la realización de un trabajo intenso, la Real Familia en Santander, disfrutando de los encantos de aquella tierra montañesa; aquí las estaciones abarrotadas de viajeros, y saliendo los trenes pletóricos de veraneantes, en busca de las brisas oceánicas, o de los aromas de la sierra, mientras los pobres desheredados de la fortuna poco a poco nos liquidamos y escudriñamos las alturas en espera de la refrigeradora tormenta que atenúe algo los rigores de la canícula, pero ni hay trazas de ello ni la más ligera nube empenja la limpidez de nuestro admirable cielo madrileño.

Desde la atalaya dó escribo estas líneas avizoro en la lejanía la torre del Círculo de Bellas Artes, y veo a unos cuantos socios instalados en lo más alto de ella, que indudablemente tratan de captar el leve soplo del Guadarrama, sin resultado alguno, ¡qué diremos los que no podemos disfrutar de una posición tan elevada! y recorreremos las calles de la Corte, con escalas, esto es, haciendo paradas en cervecerías, puestos de horchata e incluso en las fuentes públicas, según la categoría social de los sedientos, solo nos quedan fuerzas para compadecer a los pobrecitos extremeños y sevillanos que con sus 40 grados a la sombra, *todavía* viven.

Por hoy no ha dado más de sí la decena, así es que a falta de otra cosa que hacer, hago punto.